

# REVISTA

del

## Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, octubre y noviembre de 1935

### LA TRADICION DE LOS DESCUBRIDORES DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL DOCTOR J. V. CASTRO SILVA,  
RECTOR DEL COLEGIO MAYOR, EN LA SESIÓN  
DE CLAUSURA

Es esta la hora en que, según la usanza del Colegio Mayor, nos recogemos para declarar clausurado el año lectivo y anunciar los nombres de aquellos alumnos que según el juicio falible pero honrado de los que compartimos su vida y sus labores, han merecido bien de la veneranda Institución. También es esta la hora en que, desandando mentalmente los meses de estudio y de lecciones que hoy terminan, debiéramos decir si este año debe contarse entre los bien aprovechados que representan un mejoramiento de la juventud, o si, por caso adverso, tiene que enumerarse entre los que no corresponden a la esperanza que siempre hemos puesto en la generosidad de la noble adolescencia. Cuestión difícil y en ocasiones dolorosa es ésta que el día de hoy prefiero entregar a la estimación y a la sentencia de los señores estudiantes que tan interesados deben hallarse en ofrendarles a los suyos y a toda la gran familia colombiana los trofeos de adelanto que ella y ellos esperan no sólo como señal del deber cumplido sino como promesa de redención y de cultura.

Concluye así mismo este año un período rectoral, y el que os habla, honrado ya en dos ocasiones con el cargo correspondiente, ha comprendido cada día mejor la inata grandeza del Colegio de Fray Cristóbal y la poca proporción que existe entre el Instituto secular y estas manos incompetentes que ha puesto a su servicio. Si ellas no han sembrado desaciertos, sabed, señores, que ello se debe al tino y a la amorosa inteligencia de los señores Consiliarios que se han dignado honrarme con su consejo y solicitud; a la conciencia, a la lealtad y a la callada abnegación de los que se han resignado a ser mis colaboradores inmediatos aquí y en la quinta de Mutis. A ellos que tienen sobre sí la tarea ingrata y sin lustre de mantener la disciplina cotidiana, a ellos, empezando por el señor vicerrector de este colegio, apenas puedo ofrecerles como tributo de reconocimiento estas pocas palabras de justicia, infeliz recompensa que no vale sino por que procede de un alma agradecida.

Hago también memoria especial del señor síndico que sabe juntar con la aridez y gravedad de su cargo, esa gentileza de finos quilates que es dón peculiar de grandes caballeros. Ni he de olvidar que a las labores de secretaría preside un colegial de cepa en quien se personifica buena parte de las observancias y tradiciones del Mayor. Otros colaboradores de años pasados ya no están con nosotros pero sin dejar de ser amigos fidelísimos del claustro rosarista y sin que yo haya podido cancelar la deuda de cariño, de gratitud y de reconocimiento que respecto de ellos me gravará para siempre jamás.

Y llegue ahora mi respetuoso homenaje al excelentísimo señor Patrono y a su muy digno ministro de educación, cuyas atenciones y solicitudes para con el colegio y para con el que habla, no pueden hallar correspondencia en las acostumbradas fórmulas de estilo, sino en la real e íntima apreciación de su valor.

Concededme ahora unos momentos para celebrar a mi manera el tercer centenario de la llegada de Fray Cristóbal de Torres a esta ciudad. Será una historia muy vieja que trataré de contaros sin apartar los ojos del futuro.

A título de curiosidad empezaré por recordar un lazo histórico que ata el nombre de la remotísima Abisinia con los preámbulos de nuestra propia historia. Por naturales y muy llanos caminos la entonces fabulosa y hoy dolorida Etiopía, vino a desempeñar un papel de importancia en el descubrimiento de América, y las noticias que de tan apartadas regiones trajeron a Europa algunos misioneros, fueron quizás causas determinantes o circunstancias decisivas que desencadenaron por fin aquella estupenda suma de energías que dobló la superficie del orbe conocido. Díjese aquí que para que no faltara ningún ornamento o presea en la epopeya sin par de la invención del Nuevo Mundo, se engalanó desde sus comienzos con todo linaje de primores, y que los viejos cronistas, orfebres de la historia, tendrían para esmaltarla no sólo las joyas legendarias de la reina, sino el oro de Ofir y las gemas extrañas, berilos, calcedonios, crisoprasos, que según las mentes antiguas, eran fruto-exclusivo de los reinos de Oriente, de las tierras africanas, de los mineros salomónicos, de la fantástica Abisinia.

Porque precisamente en 1427 Alfonso V, acompañado por el cardenal de Foix, recibió en Valencia a dos embajadores abisinios que le traían ofertas y gajes de alianza y confederación contra el temible poderío del turco. El turco! ... vosotros no imagináis lo que este solo nombre representaba en Europa, ni las amenazas que entrañaba para la cristiandad de entonces que era sinónimo de civilización. El turco era la audacia pirática perturbadora de los mares y la ferocidad invasora que asolaba las tierras; el turco era el látigo del cómitre que desollaba a los cautivos en galeras. era la media luna centelleante de la cimitarra que no sufría otro eclipse que el de la sangre

en los combates, era el correr velocísimo y elástico de los corceles que llevaban sobre sí el guerrero de armadura damasquinada y la virgen bárbaramente sustraída al amparo familiar, era Mahomet II que paseaba sus huestes por la Carniola, se asentaba en Albania o lanzaba flotillas de cien velas para hacer presa en Otranto; era el invasor triunfante y desaforado que entrando por Sicilia amenazaba a toda la península italiana, ponía angustia mortal en el corazón de Sixto IV y le obligaba a pedir a príncipes y a pueblos el socorro de la fuerza y de la unión para preservar --así habla el Pontífice-- «los campos y las casas, los párvulos y las mujeres, la fe y la libertad».

Y acontecía que el corazón y el cerebro del turco estaban cabalmente en Arabia, en La Meca, lugares fronterizos del reino cristiano de Abisinia que debía ser teatro favorito de las depredaciones musulmanas, y cuyos soberanos y súbditos, viviendo con la muerte al ojo y con el cuchillo a la garganta por obra de aquella mala vecindad, despachaban embajadores o se valían de los misioneros franciscanos que regresaban a sus conventos europeos, para que los unos negociaran el socorro armado de los poderosos y los otros esparcieran por ciudades, villorios y castillos la competente noticia de los atropellos moriscos y turquescos.

Con uno de estos frailes, amigo y confidente del Negus, había hablado en 1391, Juan I de Aragón, y desde entonces comenzó a pensarse en darle jaquemate al islamismo. Para eso había que meterle en una tenaza que formarían, por una parte, las tropas ordinarias, que le hostigaban por el Mediterráneo y la Europa Oriental, y por otra, las armadas que tal vez podrían atacarle por la espalda, o sea navegando por el Océano Incógnito, en dirección al Occidente.

Un siglo después, a principios de 1492, los reyes católicos concluyeron la guerra morisca con la toma de Granada. Por ahí, entre los espectadores y testigos del suceso,

anda un italiano, sería más exacto decir: un genovés, andariego y visionario, cosmógrafo de oficio y cuya índole imaginativa y aventurera se apacentaba en los portentos y hasta en los delirios de la astrología. Según las trazas, el tal genovés, roto y mal ceñido, es de los que saben andar tras de una idea por sendas de reveses, y desengaños, y sabe también que para llegar a conmover el ánimo de los hombres, en ocasiones vale más el atajo que la vía directa. Por lo cual, véis ahora que el genovés considera el triunfante alborozo de los reyes y piensa que lograda esta fortuna se sentirán úrgidos a conquistar otras mayores. Al socaire de una malísima posada y sin percatarse del tumulto popular que jubilosa y desordenadamente aclama a España vencedora del turco, el aventurero de esta historia se dice las mismas frases que escribirá años más tarde: «E yo vide que por la fortaleza de las armas se enarbolaban los estandartes reales sobre las torres de la Alfabra, ciudadela de la dicha ciudad, e yo vide al rey moro salir por sus puertas y besar las reales manos»... Y sigue pensando el genovés: ¿y no será esta la sazón oportuna de encender o de reanimar en el ánimo de estas Altezas el deseo de acabar con el moro y con el turco no ya en España sino en el Orbe universo?... ¿Hay más que armar unas galeras y nombrarme su almirante para que yo las lleve al Occidente, y otro día, cuando menos se lo esperen y hechas ya mis confederaciones con el Negus de Abisinia y el gran Khan de la India, se encuentren los moros subyugados y rendidos al invencible poderío hispano?...

El visionario genovés atinó a describir estas empresas y la gloria que de ellas resultaría de tal suerte que los reyes católicos en dos o tres meses acabaron por aprobarlas y acogerlas. Lo que faltaba para ponerlas en vías de ejecución lo lograron unos pocos hombres de las más diversas condiciones, pero muy constantes y unánimes en no estimar lo presente y lo pasado sino como un punto de apoyo para lanzarse a lo futuro. El día que en un puerto

de España se soltaron las velas que habían de soportar las rachas del Caribe, yo me figuro que a las visiones del descubridor correspondían otras no menos intensas del arzobispo Mendoza, de los frailes de la Rábida, del «marrano» Cabrera y del judío Santangel, y todas ellas, vagas o quiméricas para el hombre vulgar, traducían sin duda el anhelo original y profundo de aquella expedición que selló para siempre los destinos providenciales de esta familia colombiana: Más horizonte, más luz y más grandeza!

Pensando topar con el Negus etiópico y con el Gran Khan de la India, el Almirante amaneció en América: creyendo que iba a arremeter contra el turco, se vino a las manos con los indios: y empeñándose en rodear el universo, salió a atajarle un continente. Cuando así se desconcertan los planes humanos, ¿cómo queréis que no se ensanche el mundo de las posibilidades, o cómo pretendéis que la raza que trae su primordial impulso y hace datar su genealogía de un ideal de expansión y de plenitud que al concebirse ya fue gigantesco y al empezar a realizarse fue desmesurado, cómo pretender— digo— que esa raza no tenga como característica un apetito innato de conquista, pero nó de esa conquista que la Escritura maldice y que es torpe afán de añadir tierras a tierras, sino de esta otra inmensa y perennial conquista que es señorío de la inteligencia, que es dominio moral, que es imperio sobre las fuerzas naturales, que es aptitud para discernir el soplo del espíritu, que es arte para transformar la tierra de este cuerpo en urna elegantísima y en exquisito domicilio del vigor y armonía divinos que son propios del alma!

En presencia de estos y otros imperativos fundamentales que también pueden llamarse resonancias intrínsecas y hondos ecos vibrantes en las entrañas de una raza, yo no veo, desde el punto de vista de la educación, sino dos caminos: uno es el de ilustrar aquellos imperativos y robustecer aquellas resonancias para que prosperen en realizaciones sucesivas; otro es el de negarlos o sustituirlos por

intentos desprovistos de arraigo, de afinidad y de abolen-go. Esto último, bien lo véis, equivaldría al divorcio y rompimiento con la TRADICIÓN.

Pero, y qué es la tradición? ... A veces este nombre suena como mensaje de quietud infecunda, o se carga con el perfume de sándalo y de cedro que conservan los arcones y bargueños que ya no figuran sino en desvanes o en museos. Tradición! ... vocablo peregrino que parece definir la actitud de los que miran en las cosas nó lo que son y serán, sino lo que fueron y dejaron de ser: vocablo singular que imita con la fusión de sus consonantes el rumor de una banda de lino empapada en milenarias esencias y enrollada en torno de una momia de cuyos miembros enjutos y amarillecidos va arrancándola solícitamente la mano del arqueólogo. Tradición! ... palabra de final grave y pleno que evoca el prolongado y desfalleciente retumbar de los sonidos en las crujiás y claustros de alguna ruina veneranda, o en las galerías de un lóbrego mortuario. Tradición! ... voz de hechizo que tiene poderío para dar cuerpo a la leyenda arcaica y a la conseja misteriosa: voz de encantamento que reanima la docta controversia que hace siglos caldeó los ánimos y arreboló las mejillas de ancianos escoliastas. Tradición! ... voz de conjuro que menea las flores bordadas con sedas mustias en ricos brocados, que abrillanta las lindas miniaturas de un viejísimo abanico y que orea los encajes que hace tres o cuatro centurias sirvieron para decorar las piruetas del cortesano o las reverencias de la dama linajuda. Tradición! ... quien te invoca parece, en fin, un peregrino ansioso de hospedaje en las edades pretéritas, o un nauta sin ventura que en pobrísima barca se empeña en vencer la corriente que a toda furia va arrastrándolo, o un rey Lear que anda entre tinieblas con el cerebro poblado de medrosas locuras y en compañía del mendigo para quien no se hicieron las realidades de la vida, y del bufón que por no entenderlas las maldice!

Pero eso no es la tradición. Eso será cuando más un conjunto de apariencias con que en un momento dado se vistió la inmortalidad de las ideas, y esos serán los disfraces o envolturas sucesivos y transitorios con que se cobijó para andar entre los hombres la permanente actividad del pensamiento. Tradicional llamaría yo el gesto fecundante del que primero dejó caer una simiente en la tierra para que se la devolviera centuplicada, gesto primitivo y rudimentario que nunca jamás olvidaron estas manos humanas, gesto inmensamente sencillo que subsiste incólume a través de infinitos artificios agrícolas, gesto que lleva en sí toda la virtud y todo el impulso necesarios para producir otros y otros métodos que multiplicarán la opulencia de la tierra, gesto perdurable que se mantiene debajo de estas sus prolongaciones científicas y mecánicas que con ser complicadísimas no han podido ahuyentar de los ojos del sembrador de hoy la ansiedad, la esperanza y la inquietud que animaron las pupilas del sembrador de hace cuarenta siglos.

Así llamaré también tradicional e inseparable del alma nacional aquel afán excelso que impulsó a los civilizadores de estas tierras por sendas de aventura y de conquista y de descubrimiento. Y cuando a estas horas de la vida y en esta compleja edad del mundo os ruego que miréis a esos que nos precedieron con varios siglos de intervalo, no lo hago para persuadiros a que copiéis sus ademanes, remedéis su lenguaje o repitáis sus opiniones.... tanto valdría incitaros a restaurar en el traje casero sus jubones, greguescos y gorgueras.... lo hago para haceros ver y sentir que procedemos de un linaje audaz y heroicamente abnegado, tan poderoso a fabricarse un ideal inmenso como a sacar de entre la ruindad o la flaqueza circundante los medios de lograrlo. En eso sí está la tradición.

Está así mismo en aquel atrevimiento del Licenciado granadino, padre de esta ciudad, que un día, harto de la rutina curialesca y de malgastar sus bríos en menesteres

triviales, presintió la novedad y los alcances de la conquista ultramarina y se arrojó a correr sus azares en pos de Fernández de Lugo. ¡Con qué gozo hablo de tí, oh don Gonzalo, en presencia de estos estudiantes que ojalá te reconocieran algún día por su más auténtico predecesor y modelol Letrado eras, y fundando a Bogotá, me imagino que pretendías vincular para siempre a tu ciudad la aureola de la inteligencia, el prestigio de las artes óptimas. la agudeza de la razón discernidora y, por lo mismo, el cargo de enaltecer el magisterio y la educación tanto cuanto se encumbran estas cordilleras que venciste! Ni debe extrañar nadie que resurja aquí el de Quesada con apariencias de estudiante, porque lo fue como ninguno de nosotros lo ha sido y como todos debiéramos serlo.

Lo fue al trocar la vida sin perspectivas ni profundidades que llevaba como jurisperito granatense por esta otra andariega y trashumante de los descubridores que fue un perpetuo afán de hacer triunfar las fuerzas del espíritu sobre las de la materia y de alzarse sobre la realidad inmediata y palpable para adivinar esotras realidades más hondas que al proyectarse en tiempos futuros y en espacios ignotos van preparando la civilización humana. Así deja atrás Jiménez de Quesada los vulgares empeños y las faenas cotidianas que allá en España le predestinaban cuando más al empleo y oficio de escribano público, así supera el pavor de la selva

«en demanda de tierras nunca vistas — por ciénagas, pantanos y lagunas, — pasos inaccesibles y montañas — y alturas salebrosas de las sierras»,

así, guiado por noticias que para otros eran ciegas y para él patentes,

«después de trece meses de jornada — dio vista a estos parajes escombrados»

donde dejó a Bogotá por vestigio de sus andanzas y monumento de su valentía. Así era de inquieto don Gonzalo, mas ya lo veis, no con la inquietud desastrosa que se agota en muchedumbre de conatos y tanteos estériles, todos ellos de corto alcance, sino con aquella otra inquietud palpitante de la brújula que buscando sin cesar un norte fijo puede orientar por rumbos ciertos la actividad ingente del comercio marítimo y de las relaciones transoceánicas. Dichosa y fecunda inquietud la del adelantado (analogía terrestre del moverse de las almas hacia el Centro Divino) que luégo le hizo dejar las armas y requerir la pluma y, siempre a guisa de estudiante, atarearse sobre el «Gran Cuaderno», escribir el «Compendio historial» y componer «Relaciones, apuntamientos y noticias» que vinieron a ser la simiente de nuestra literatura. Hasta la fin supo ser estudiante don Gonzalo, y ese fue el secreto de que ya en la edad fatigosa guardara incólume el poder mágico de la ensoñación, atributo notorio de la juventud. y, anticipándose tres siglos al romanticismo, se pusiera a redactar los «Ratos de Suesca» que tal vez no fueron sino una postrimera evocación del duro guerrear de la conquista. Estudiantel.... así veo al licenciado entreteniéndose el ocio de una tarde junto a las aguas mansas que todavía resbalan al pie de las rocas de Fallon.... salvios y raques dan sombra al caballero pensativo, remota guazabara de los indios apenas le distrae; quisiera adivinar el pasado remoto cuyos testigos son esos peñascos silenciosos; y quisiera prever la paz, el trabajo y la cultura que habrían de asentarse, merced a la agudeza de los pobladores, en la generosidad del clima y en la grosura de las tierras. Estudiantel.... eso fuiste por el anhelo de tender un puente de esclarecida inteligencia entre la antigüedad cargada de presentimientos y el porvenir henchido de promesas!

Cien años después el Nuevo Reino acoge a otro estudiante, Por allá en Burgos comenzó a trajinar con los libros, después subió a una cátedra, posteriormente fue llamado a los consejos reales, y el más temible de los satíricos sentenciosos le hizo homenaje de sus meditaciones sobre el imperio de la razón cuyos límites corren entre la cuna y el sepulcro. Enhiesto y fino, ágil y suelto de miembros, la cabeza y el rostro descarnados, los ojos perspicaces y la barbilla levantada me traen a la mente por extraña asociación de imágenes la figura de una prora tajante hecha para romper ondas desconocidas a la luz de dos faros vivísimos donde llamea el espíritu. Ese es el estudiante Fray Cristóbal de Torres, padre 'Arzobispo de Santa Fé, que viene a deletrear primero y después a leer de corrido el libro misterioso del alma indígena que no pudieron entender a derechas ni la exaltación sentimental de Las Casas ni la ciega rapacidad de los encomenderos. Descifrar una alma es preámbulo para gobernarla y gobernarla con entendimiento es merecer amor y gratitud.

El arzobispo estudiante entendió, gobernó y fue amado, por lo cual los indios, los expósitos y los pobres le graduaron de Maestro con más autoridad que Salamanca y Burgos y Sigüenza. Mas he aquí que el de Torres, obediente a la tradición de los conquistadores, entendía muy bien que un descubrimiento no es sino camino para otro descubrimiento, ni más ni menos que una laurea doctoral no es sino testimonio de competencia para emprender estudios, y así, iniciada la grande obra de conocer y salvar a los naturales, tomó sobre sus hombros el empeño de preparar el futuro de los criollos.

Lugar de seis mil almas era por entonces Santa Fe. En su ambiente conventual y sosegado campanadas solemnes que se responden desde San Francisco hasta

la Catedral, tejen sobre la ciudad naciente una red de plegarias; no de otra suerte arrullan al infante en la cuna los cantares ingenuos con que lo entretiene y adormece el amor maternal. Lo adormecen, he dicho, pero ¡vive Dios! que no todo es letargo en esta escena, y que si entendiéramos las cosas nada habría tan preñado de inquietudes, de expectativas y congojas y prometimientos como esos monótonos cantares que son arrullo para el recién nacido. Aduérmese él y súmese en el reposo profundo que es menester en los años primeros; pero esa mujer que torna a murmurar el «Duérmete mi niño!» quizás está pensando en el mañana, en la forzosa aventura de la vida, en los honores y trabajos, en el dominio y señorío, en la pujanza y donaire del prócer, del apóstol, del sabio, del gobernante que por ahora está escondido entre los encajes de la cuna.

Si alguien espicara las vigiliias del Arzobispo en el alto silencio de las noches santafereñas, de seguro saldría a contar que en punto de ambiciones, de proyectos fantásticos y hasta de novedades, aventajaban en tercio y quinto a las de cualquier mozo turbulento e imaginativo. Porque en aquel puebluco de seis mil almas, Fray Cristóbal piensa fabricar un colegio que por sus dimensiones es absurdo y por sus propósitos y estudios inverosímil. Echad, señores, una ojeada a estos claustros, a su iglesia y a sus dependencias y decidme qué tan desproporcionados parecerían cotejados con el angosto lugarejo que fue esta ciudad en 1635; releed sus constituciones y hallaréis no sólo prolijidad y magnificencia en el acopio de caudales que habrían de asegurarle autonomía, sino ambición de trasladar a él todos los estudios y adelantos que a la sazón ilustraban las más privilegiadas universidades europeas. Y hallaréis también en cada foja del venerando estatuto aquel nombre: la República, y aquel mandato de «criar aquí varones

que la ilustren», nombre y mandato que hacen del estudiante Fray Cristóbal un precursor de la independencia, un padre de la Patria futura y un ejemplo de la genuina tradición que sacó de su época y de las anteriores los materiales humanos y los impulsos conducentes para que en 1810 por mano del colegial Antonio Morales, se desplomara el andamiaje colonial y quedara al descubierto, contrastada y a veces inerme, pero definitivamente viva, nuestra esencial soberanía.

Viejas, muy viejas y anticuadas parecerán las Constituciones del Rosario a quien solamente las lea notando su estilo arcaico, sus términos rancios y su continuo recordar de la filosofía aristotélico-escolástica que por entonces se enseñaba en las aulas salmantinas. Pero hacedme la merced de pensar que esa filosofía representaba a esas horas la enciclopedia de los conocimientos humanos y abrazaba en sí los supremos ápices. la última palabra, la más plausible modernidad y hasta «le dernier cri» del saber humano. Y me atrevo a decir esto porque «le dernier cri» eran en la mitad del siglo XVII las teorías de Copérnico, mucho más apasionantes y revolucionarias en esos días que las de Einstein en los nuestros, y a la teoría copernicana se ladearon los colegiales del Rosario abandonando la antiquísima y muchas veces secular enseñanza tolemaica. El estudiante fundador de este colegio trajo aquí las más recientes invenciones del pensamiento universal, y la tradición nuestra, bien lo comprenderéis, no está, nó... mil veces nó!, en repetir en 1935 lo que se aprendía en 1658, sino en procurar enriquecer los entendimientos de hoy con la ciencia de hoy, de la misma suerte que al firmar Fray Cristóbal las Constituciones de este Colegio en 1658 querían que se albergaran aquí la doctrina e información contemporáneas. Ritmo de vida es éste, imperativo de mejoramiento, voz perpetua de avance, tristemente amenguados por la esca-

sez de medtos y caudales, mas no por eso menos constantes en el gobierno de esta institución que en casi tres siglos de existencia nunca fue cuerpo extraño traído a remolque ni miembro paralítico en la vida nacional.

Las sutilezas escolásticas sobre la composición de la materia que atormentaron aquí a los oyentes de don Joseph de Baños y Sotomayor, se han traducido en las temibles ecuaciones del doctor Barriga Villalba, los estudiantes de derecho no citan hoy a Solórzano, Azpilcueta y Sepúlveda, sino a Planiol y Rippert, Gastón Jeze o Josserand que son sin duda los sucesores de esos grandes juristas que en el siglo XVII fueron intérpretes cuasi ecuménicos de las leyes. Y así van sucediéndose en el mundo los maestros de ayer y los maestros de hoy, sin que se interrumpa jamás la serie de adelantos en nombre de la tradición, conducidos más bien por ella, y por su mayor parte destinados a perecer pobres, balbucientes y rudimentarios cuando esa misma tradición, urgiendo a los siglos venideros, inspire y fomente otras invenciones y otros desarrollos que hagan aparecer éstos que ahora son ufanía y orgullo de los hombres, como juego de niños y como preámbulos vacilantes. Dentro de dos siglos, la mole incalculable de conocimientos, de hipótesis y de opiniones que atesoran los libros de hoy, se guardará quizás en las bibliotecas, en tanto sosiego, en tanta quietud, y tan apartada del manoseo estudiantil, como guardamos hoy los venerables infolios que, amortajados en pergamino, tafilete o badana, encierran la erudición descomunal del capuchino Beyerlynck, las consultas de Barbosa o las inacabables discusiones del Colegio Complutense. Todo se habrá mudado para entonces, todo.... menos los hilos sutilísimos que mueven al hombre en pos de la verdad; hilos que atan la sabiduría antigua con la reciente, hilos que vindican para

el hombre de hoy y de siempre algún parentesco con Platón, el divino, o con Aristóteles, el metafísico; hilos que juntan en un mismo sistema el torbellino de los electrones y los átomos de Demócrito, y a par del ingenio de Bergson traen la figura indecisa de Heráclito su precursor; hilos que ahora, ahora mismo, levantan del polvo centenario a Suárez y a Vitoria para que en los paraninfos de las universidades americanas reciban el homenaje de los cultores del derecho internacional; hilos reales e irrompibles de tradición descubridora que en la jurisdicción y provincia de la inteligencia mantienen la consanguinidad de los espíritus; así las fuerzas vivas de la sangre sellan los semblantes, moldean los cuerpos y afectan los temples con las facciones, con las peculiaridades, con las tendencias de antepasados remotísimos.

De igual suerte la tradición genuina es energía que transmite de edad en edad las notas individuantes que caracterizan y definen los países y las instituciones, que les dan fisonomía y personalidad, y que las deslindan perentoriamente de cualesquiera otros países e instituciones. Y mirad muy bien que la tradición así entendida es una de las mayores causas de progreso porque quien quiere mantener incólume su personalidad se obliga a aprovechar en beneficio de ella y para robustecerla y añadirle renovados esplendores, todo cuanto la solicitud e iudustria humanas van acumulando en torno suyo. Lo que sí es fácil, y tan ruinoso como fácil, es renegar de la tradición que pide aumentos y creces, para sumirse descuidadamente en la vulgaridad innominada que no tendrá porvenir porque no quiso tener historia.

Hay sin duda, verdades eternas y dictámenes de sabiduría divina en la urdimbre de la tradición; los hay señaladamente en la de este Colegio Mayor; pero en esas inmutables certidumbres nadie puede ver cau-

sa u ocasión de estancamiento, símbolo de atraso o vergonzante evocación de tiempos idos. Miles y miles de años hace que los hombres repararon en la lumbre inmóvil de la Estrella Polar, y mil veces se han mudado las actividades humanas, y otras mil veces se alteró la faz de este mundo, pero, incluido él en la armonía del universo, tiene que orientarse por ese faro de los rumbos siderales. De la misma suerte la humanidad, vida minúscula dependiente de la Vida Infinita, tiene que guiarse por el Verbo, Luz del mundo y Lucifer sin ocaso.

Fray Cristóbal, Adelantado de las letras y Padre espiritual de la República, radicó en este Colegio dos estudios que hoy pudieran parecer superfluos y anticuados: el de las humanidades clásicas y el de la filosofía. ¿Sería que el de Torres se imaginaba que los vocablos y formas latinos y griegos tenían por sí mismos no sé qué poder mágico engendrador de cultura? ¿O será que nosotros esperamos que el baluceo fatigoso de unas palabras muertas influya provechosamente en la educación? Superstición y hechicería ridículas serían esas, tan repugnantes a la intención del Fundador como ajenas al propósito de sus sucesores. El y ellos—conviene afirmar una vez más—no estimaron el latín como un fetiche pedagógico ni como un ensalmo educativo; sobrabanles alientos de descubridores y anhelos de aventura para rebajarse a una tan mecánica y vil concepción de la enseñanza, y estimaban esas lenguas arcaicas como indispensable viático de peregrinación por Roma y Grecia que son los dos hemisferios de la fundamental cultura humana y de cuyas riquezas ideológicas seguiremos viviendo aunque nos pese. Yo comprendo que en nuestros días no a todos es dado apoderarse concienzudamente de la técnica de un idioma antiguo, y comprendo también que el aprendizaje a media rienda de una gramática y de

un léxico de apariencias hórridas y de manejo ingrato, puede ser inútil y hasta odioso dondequiera que tales ejercicios no levantan el espíritu para descubrirle perspectivas de hermosura, de equilibrio, de pujanza y de serenidad. Mas cuando el latín no sólo es gramática sino visión de la raza de Enéas, autora de una soberana experiencia política, jurídica y dominadora; cuando el griego no es un mero acopio de raíces verbales sino un contacto inteligente y hervoroso con la más alta expresión estética y científica que vieron los siglos, entonces sí creo que me concederéis que el griego y el latín son necesarios y que a la juventud le falta algo cuando sale a la vida sin haber contemplado las togas senatoriales sacudidas por la imprecación de Marco Tulio, sin haber sentido cómo se forjaba la majestad de un imperio en la fragua sonora del verso virgiliano, sin haber aprendido delante de los mármoles helénicos el ritmo y la armonía que trasladados a las palabras y a las obras justifican la ambición del venusino:

«No moriré del todo, que algo mío—ha de vivir sobre el rigor del Hado».

El estudiante fundador de este Colegio Mayor le confió asimismo el encargo de enseñar filosofía. Y no es ella una estulta repetición de fórmulas ininteligibles y anacrónicas. Ahora y siempre filosofía ha sido y será pensamiento explorador y crítico, tentativa de descubridores que partiendo de una idea central y bien fundada, nos lleva a escudriñar el mundo y el hombre para prevenir sus destinos y prosperidades. Si el día de hoy las ciencias positivas y abstractas, las investigaciones de todo linaje y hasta las condiciones de la vida social han acrecentado las posibilidades humanas y han hecho surgir problemas y cuestiones enteramente ignorados hace tres siglos, eso significa que la filosofía tiene que habérselas con estas posibilidades, problemas y cuestio-



nes presentes, y no con las sutilezas y teorías que se sumaron al patrimonio del siglo XVII; pero eso no significa que la filosofía haya dejado de ser el único medio de asegurar la noble discusión, la competencia intelectual, el contraste fecundo entre las varias diferencias ideológicas, y la brega continua de los entendimientos. Todo lo cual —no lo olvidamos— es auténtico progreso, cooperación exquisita al común bienestar, tributo inapreciable para la dirección de las sociedades, y antídoto y correctivo de la violencia que suele ser la «ultima ratio» de los que menosprecian las ideas. En exaltarlas y en exprimir de ellas la energía directriz del mundo, consiste cabalmente la filosofía cuya necesidad no voy a encarecer aquí con palabras mías, porque la considero egregia y lapidariamente afirmada en esta frase que tomo de una reciente comunicación oficial y que me complazco en extender y generalizar hasta ponerla en categoría de canon pedagógico: «todo instrumento que no sea una razón milita contra quien lo emplea».

Señores colegiales y estudiantes:

En días pasados nos dijo uno de vosotros que el nombre de Cristóbal de Torres hace consonancia con el de Cristóbal Colón, no sólo por la identidad de las sílabas mas porque entrambos señalan un descubridor: al uno le cupo la gloria de hallar la tierra colombiana, al otro le corresponde el mérito de haber presentado la República. Hasta aquí la analogía es tan clara y patente como ingeniosa y delicada, pero a mi entender flaquea en un punto: el inventor de América llevaba en su nave una marinería de cortas ambiciones, empeñada en hacerle regresar, sorda al reclamo de la aventura, y presta a convertirse en chusma amotinada contra las exigencias de brío, de abnegación, de entereza

y de vastísima esperanza sin las cuales no podría cumplirse el hazañoso viaje.

Y eso, señores, no tendrá nunca que lamentarlo Fray Cristóbal, porque, a diferencia del Almirante que traía en sus cárabelas muchos mercenarios, el Fundador de este Colegio no puede acaudillar aquí sino ESTUDIANTES, quiero decir, DESCUBRIDORES. Que si la sórdida pretensión de retroceso cuadra muy bien con la ruindad del mercenario, en el ánimo del descubridor sólo puede haber una obstinada voluntad de grandeza.

Noviembre de 1935.

## CLAUSURA DE ESTUDIOS

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO  
EN EL AÑO DE 1935

## CLAUSTRO DE BOGOTA

DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

Los señores colegiales, que han desempeñado cargos en el Colegio, no han entrado en el concurso de los premios de conducta, aunque sí en el de los premios de clase. El Colegio, les tributa públicamente la expresión de agradecimiento por los servicios que han prestado.

### *Premios de conducta*

Entre los oficiales obtuvo el primer premio, el señor:

Pedro Víctor Angulo.

Entre los convictores, obtuvieron el primer premio, los señores: